
Una ruta de Dios en la palabra humana

Testimonio personal

*Rodolfo E. de Roux G., S. J.**

Itinerario

Desde una experiencia personal de la palabra poética, se ofrece en visión retrospectiva la ruta de un encuentro con Dios. Tal y como se ha ido elaborando en el decurso de los años, hasta quedar decantada en un libro de poemas titulado *Caminos de sol y niebla* (Bogotá, 1983). Surgidos al ritmo de la circunstancia y diversificados por ella, esos poemas son sometidos aquí a la función unificadora de la inteligencia sistemática y organizados en una doble secuencia, que asume el vivir del hombre como tiempo (camino) y como encuentro interpersonal (presencia).

La primera secuencia, “Del sentimiento de itinerancia a la identificación del Camino”, parte de una percepción del impulso existencial del hombre hacia la Trascendencia en el símbolo primigenio del río “obsesionado de mar”. Señala luego algunos de sus momentos más dramáticos : la fascinación en el disfrute de la misma fugacidad, la parálisis de la búsqueda a efectos del cansancio de buscar y sobre todo el cuestionamiento radical de la muerte. Su reiterada superación, en el ímpetu de la esperanza, focaliza todo el caminar humano en la plenitud de esa Trascendencia, pero sin disminuir por ello el valor propio de cada uno de los pasos de nuestra itinerancia terrena. Vivir en hombre es, entonces, interiorizar un Camino, cuyas incidencias (en personas, sucesos y cosas) van develando el rostro intrahistórico de Dios, como Compañero de ruta.

La segunda secuencia, “De la presencia presentida en la ausencia, a la plenitud de la Palabra, en el amor, que deviene silencio”, retoma ese mismo tema fundamental del hacerse hombre

* Doctor en Teología por la Pontificia Universidad Gregoriana (Roma). Profesor de Teología en la Pontificia Universidad Javeriana (Bogotá).

en el horizonte del misterio de Dios, pero en otros parámetros de índole, si se quiere, más mística. Los símbolos primordiales del devenir cósmico, la tarde y la noche y la luminosidad del día, van marcando otros tantos hitos del proceso de develación de un amor “sin condiciones ni reservas”, como fuente última de la experiencia humana de Dios. Amor universal, pero que se actualiza en la pluralidad de los amores singulares y concretos. Sin perder tampoco, por ello, su unidad. Por cuanto este amor constituye la trama última del propio yo existencial y sobre todo, por cuanto se va articulando en torno a un Tú divino, plenificante, que lo focaliza todo y lo trasciende todo sin anular nada. Amor siempre frágil, con frecuencia también doloroso, umbral de un encuentro que sólo puede consumarse en el silencio. Cuando la muerte aparente de la palabra articulada, significa el nacer de otra palabra interior, como identidad en el amor.

En la convergencia final de estas dos secuencias simbólico-poéticas se advierte una comprensión del hombre como llamado y posibilidad real, para ser, en la historia, “amor como Dios mismo”. Aun en la fragilidad e incluso en la incoherencia de un corazón peregrino.

Introducción

Recibí el llamamiento gratuito a esta corresponsabilidad, en la salvaguarda y promoción de la Palabra de nuestro pueblo, como una interpelación sobre mi propia aptitud y sobre la índole de mi posible aporte a esta tarea de interés nacional. Desde una experiencia de años en el ajeteo de la palabra hablada y escrita, emergió entonces como respuesta el símbolo de la lucha de Jacob con el Ángel, en el poema primordial del Génesis (32,23-31). En un momento decisivo para su futura paternidad de pueblos y sin más armas que la audacia de su deseo el héroe epónimo de Israel luchó con ese Otro anónimo(¿sombra o realidad trascendente?), cuya identidad sólo le sería dada en su propio nombre de Luchador con Dios y en la consecuente bendición matutina. El joven patriarca siguió su camino de luchador con Dios y de pastor de hombres. Llevaba consigo la bendición de la Presencia, pero iba también cojeando, marcado para siempre en su propio caminar con los costos de una lucha con Dios en la fragilidad y limitación creaturales. Bajo la simbología del mito, recoge así el libro santo el hilo de toda la historia humana como un proceso *in crescendo* de encuentro y diálogo con Dios. Hasta que la Palabra, “que estaba junto a Dios y era Dios “(Juan 1,1), plantó su propia tienda en nuestro campo y en los labios humanos de Jesús resonó la voz inaudible del Padre.

Si me es permitido “sic parvis componere magna”¹ y no resulta presunción analogarse con aquellos pioneros de la ruta de Dios con los hombres, me atrevería a sospechar que también yo he experimentado el don gratuito de una lucha nocturna semejante con el Ángel de una

¹ Publio Virgilio Maro - *Bucólicas* Ia.,vs. 24 -Edic. de F. Plessis y P. Lejay. París (1956), p. 4.

palabra portadora de Dios. No como patriarca de pueblos, ni como beneficiario en exclusividad de no sé qué don extraño y problemático, sino como simple testigo y tematizador de un acontecer que se renueva, día a día, en el corazón del hombre, así fuere bajo formas anónimas. Al fin y al cabo la transparencia es una cualidad común a todas las aguas de montaña y no es un logro exclusivo del remanso. A lo más, éste a las veces, en su relativo reposo, logra alguna clarividencia de la Roca fundante.

Tal vez también conviene anteponer algunas observaciones más generales a este testimonio personal. La experiencia humana de Dios es siempre una agonía en el sentido originario de la palabra. Pablo la comparó con la lucha del atleta en los estadios de la Grecia olímpica. La Biblia toda es el recuento de su historia milenaria y en una especie de desgarramiento ontológico de sí mismo, Jesús la vivió hasta el fondo en la cruz, como crisis total del lenguaje, pero también espacio estrecho del encuentro supremo y definitivo: "lanzando un fuerte grito, expiró". (Marcos 15,37).

Y cada hombre vive esta agonía de su amor peregrino, inmersa en y coloreada por la concrecibilidad de su circunstancia. Tal y como lo va configurando, día a día, la realización singular de su proyecto de vida, y en consecuencia, también dentro de los espacios simbólicos por los que transita de ordinario su propia tendencialidad sensorial y afectiva. Para unos, esa lucha con Dios se transparenta en la agonía de construir una intimidad conyugal o de restaurar una solidaridad ciudadana. Y de allí toma sus indicadores simbólicos. Para otros, ese espacio signifiante de la agonía del "tú a tú" con Dios, se desenvuelve en la interioridad del corazón o en el contacto, por inmersión total, con la belleza del entorno cósmico. Acertadamente ha constatado Gabriela Mistral: "Entre los artistas, son religiosos los que, fuera de la capacidad para crear, tienen al mirar el mundo exterior la intuición del misterio y saben que la rosa es algo más que una rosa y la montaña algo más que una montaña. Ven el sentido místico de la belleza y hallan en las suavidades de las hierbas y de las nubes de verano la insinuación de una mayor suavidad, que está en las yemas de Dios"²

Estas diferencias tampoco alteran el significado común de la experiencia, ni destruyen el ritmo interno de su estructura propia. Como en los espacios musicales, pueden variar los contenidos melódicos, pero la trama rítmica permanece. Itinerancia y definitividad, límite y trascendencia, identidad y distancia, ausencia y presencia, son los ritmos constantes del único borbollar de esa fuente de aguas vivas que es el amor. Pero esta sistematización sólo es posible "a posteriori", cuando queda situada ya bajo los cánones de la inteligencia

² Gabriela Mistral. *El sentido religioso de la vida*. En *Prosa religiosa de Gabriela Mistral*, por Luis Vargas Saavedra, 28, Ed. Andrés Bello, Santiago (1978). Citado por Hugo Montes B. en *Poesía religiosa de Gabriela Mistral y Pablo Neruda*, en *Presencia de Dios en la poesía latinoamericana*. Dios siempre vivo. Documentos CELAM No. 111, Bogotá (1988). p. 70.

reguladora. En cambio la fluencia original de la experiencia religiosa y lírica va por otros caminos. Irrumpe desde la entraña de ese vibrador afectivo e interpretante que es el sujeto, al impacto sucesivo y pluriforme de la circunstancia. Sin otro orden, por lo tanto, que el que se va tejiendo en una historia personal, como la andadura de un camino de montaña. Bien dijo el gran Porfirio, “hay días en que somos...”. Y el poema, como los recodos del camino, recoge apenas, cada vez, sólo un fragmento de la experiencia total. Sin más lógica interna que la simple concatenación dramática de los sucesos. Por eso tampoco es posible recogerla en una visión panorámica, sino de trecho en trecho, cuando se nos concede el reposo para una contemplación retrospectiva.

Con el ánimo testimonial arriba expresado, quisiera bosquejar aquí dos secuencias de esa ruta de Dios en mi propio discurrir humano, que han dejado su trazo en la simbólica del poema:

- 1.- Del sentimiento de itinerancia a la identificación del Camino.
- 2.- De la presencia presentida en la ausencia a la plenitud de la palabra en el amor, que deviene silencio.

Me dejaré conducir por mi libro *Caminos de sol y niebla*³, cuyo título de por sí es ya una constatación y un programa. Caminos de hombre, caminos de Dios. En alternancia recurrente de luz y sombra, de comunicación y retraimiento.

1.- Del sentimiento de itinerancia a la identificación del Camino.

Se suele atribuir al filósofo Heráclito una visión total de la realidad como fluencia, “panta rei”. Pero la índole humana de este fluir común es cualitativamente diversa y la simbólica del poema sorprende su reflejo más aproximado en la itinerancia del río⁴:

*El agua clara del río
corriendo va.
Corriendo el agua del río.*

Por contraste, entonces, la movilidad objetal de las cosas tiende a solidificarse:

*El verde abierto del llano,
la penumbra cerrada del pinar,
el salto inmóvil del puente,
el camino que ignora el caminar;
todos están amarrados,*

³ Rodolfo Eduardo de Roux, S.J.-*Caminos de sol y niebla. Poemas*. Banco de la República. Bogotá (1983).

⁴ O.c. Agua suelta, p. 54.

y el agua suelta se va.

Sin embargo, esta sola soltura existencial del sujeto de suyo tampoco basta a salvarlo del inmovilismo. Bien puede acabar encerrándose en una beatitud ilusoria:

*Hay aguas que se entretienen
en la quietud del juncal.*

Cuando el infinito, en cambio, despunta en una lejanía azul, la existencia humana asume una tensión que la mantiene en movilidad dirigida hacia su trascendencia:

*Mis aguas corren abiertas,
obsesionadas de mar.*

Pero el hombre es una paradoja. La misma movilidad, que devela el ímpetu de su intencionalidad, puede a las veces solidificarse en barrera. Es la parálisis del movimiento en su propio embeleso. Nos sobrecoge entonces la “locura del instante”⁵, cuando la fugacidad tiene sabor de panal y consonancias de trino:

*Este panal que zumba entre mis labios.
Este trino que salta en el ramaje
enardecido
de mi sangre.*

La existencia se hace toda ella musical, vaciada de orígenes y metas, en la embriaguez de su gozo:

*Guitarra. Sólo cuerdas
y un corazón vacío, resonante.
Río. Sin montaña ni mar.
Sólo este gozo de correr.*

Incluso la muerte queda liberada de todo cuestionamiento radical. Parece más bien el precio razonable de esta dicha de vivir:

*Vuelan las hojas secas en el viento
sin llantos, sin adiós.
Vivieron, ya es bastante.*

Y sin embargo, contradicción de nuevo, en este solazarse duele una espina latente, la temporalidad se devora a sí misma:

⁵ O.c. Locura del instante, p. 64.

*Cosquilleos de sol.
Abejas de mi dicha.
Llama que se devora por incendiar el cuenco de un instante.
Mariposa clavada
en la tenaz espina
de su rosa soñada.*

Espejismo del instante. A fin de cuentas, proyección de una sed que mantiene el corazón en camino. Porque vivir en hombre sigue siendo correr la aventura matinal del vuelo ⁶:

*Mi nave, flor y lanza,
perfora la mañana
con su espolón de sol.*

Un vuelo suspendido entre dos inmensidades de mar y cielo. El mar del terruño nativo y el cielo como horizonte y llamada. En un juego continuo de mutuos reflejos se buscan y se complementan, se funden en una extraña totalidad:

*Abajo,
azul caído.
Un mar de cielo azul.*

*Arriba,
azul evaporado.
Un cielo azul de mar.*

Sentirlo es constatar que el Infinito anida en nuestro corazón itinerante:

*Azul del corazón estremecido
de amor.*

Es asumir nuestro peregrinaje incesante y poner proa hacia una plenitud presentida:

*Y un rumor de gaviotas persistentes en vuelo
hacia un azul,
sin mar ni cielo:
¡Tú!*

¿Qué caminante presumirá de no haber conocido nunca la fatiga, cuando la desesperanza abruma el corazón y el mismo entorno situacional se paraliza? ⁷

⁶ O.c. Mar Caribe, p. 19.

⁷ O.c. En la desesperanza, p. 81.

*El paisaje está inmóvil.
Y en las nubes varadas
se apelmaza el cansancio
de buscarte.*

No es fortuito que, entonces, todo pierda su profundidad interpelante. La corteza creatural de las cosas, endurecida, las aprisiona en sí mismas y las sujeta al cepo de su mera identidad fáctica:

*El paisaje está mudo
El río es sólo río. La tarde es una máscara
sin verbo y en los trinos sólo hay monotonía
y en la fatiga erguida de los árboles.*

La fatiga detuvo el caminar, cegó la visión, clausuró la salida y apagó la palabra. Es un preuncio de muerte:

*El paisaje está ciego.
No hay mirada interior en el remanso,
ni ventanas azules en el cielo.
La luz es un cadáver,
sin caminos ni gestos.*

En un crepúsculo de incomunicación, nuestro camino parece agonizar en forma definitiva. “Y sin embargo todavía...”, en el empantanamiento de su búsqueda, el corazón hace saltar de nuevo el resorte de la esperanza:

*Y sin embargo todavía...
Quizás tras de los montes.
Quizás en unos ojos.
Quizás cuando la noche se despierte
en los brazos del día.*

Como si el límite fuera otra posibilidad de experimentar, con mayor fuerza, esa atracción arrebatadora de la Trascendencia que nos mantiene en camino.

Hay sin embargo en la existencia humana una perspectiva que deja en suspenso el sentido mismo del caminar. Cuando en el propio horizonte emerge el sol nocturnal de la muerte. ¿Ese símbolo primordial del camino, no será más bien el antifaz de una aporía? Porque todos los caminos mueren en la playa. Por milenios los pasos del hombre se detuvieron desconcertados ante el abismo intransitable del mar. Y quizás esta experiencia ancestral bulle todavía en nuestra conjunción simbólica del mar y la muerte. Naufragio total, desgarramiento de las raíces mismas de nuestro existir, disolución del yo tocable y sentido,

extravío del caminar en una divagación sin rumbos ni metas. El corazón tiene que afrontar este horror insoslayable de su propia aniquilación. Ser hombre es vivir la propia vida en presencia de la muerte. Sólo así cabe vivir la muerte en expectativa de vida. Y por eso, la melodía interior del poema tampoco se extingue ante el fantasma de la muerte-mar⁸:

*Hermana muerte, bajaré cantando
por la cuesta del tiempo hacia tu inmensidad atardecida.
Me estarás esperando en la resaca
que mordió desde siempre las playas de mi vida.*

¡La muerte! En primera instancia, una experiencia de naufragio total y sin embargo de liberación y apertura:

*Me envolverán tus manos azules desatadas.
Me cegarán tus verdes ojos sin fronteras.*

Sólo que entonces, en este vértigo de abismo con fragor de escollera, surge de la misma Muerte-mito el imperativo interior de un nuevo caminar, esta vez sobre las aguas. El caminar se ha transmutado en travesía, así traiga consigo el desgarramiento de una expatriación y un despojo:

*-Emigrante, ¡apresúrate!
Deja esa carga inútil, tan fatigosamente acumulada.
Tu barca es breve y se impacienta,
tiemblan de viento y sal sus crines blancas.*

Hay un dolor de herida vital, sangrante:

*-Partir es desgajar.
Queda siempre una herida cuando arrancas el áncora.*

Y se enseñorea de todo el horizonte una penumbra sublunar, cuando la sed de infinito es tan sólo:

*Latido azul
de remos
en las arterias negras
del sendero.*

Cuando al corazón aterido sólo le resta confiarse a la misma muerte:

⁸ O.c. Travesía, p. 61-63.

*Mi norte
se ha clavado en tu pecho.*

Cuando es preciso comenzar a alejarse de lo que fue uno mismo:

*-Hermana muerte,
una distancia larga
crece dentro de mí.
Me han robado mi río y mis montañas,
mi sauce trovador, mi perro triste,
mi pueblito de sol en la cañada...*

Despojado así del propio yo-entorno, la vida ya no es más que un frágil aroma del pasado.

*La muerte-mar- pirata,
en mis alforjas
flácidas
y en mis redes podridas,
sólo dejó olvidada esta nostalgia.*

Irrumpe, en cambio, la turbulencia del vacío que hay que arrostrar con tozudez de navío:

*En tu cuerpo de mástil
crujen velas de silencio y de nada.*

Y un vértigo de umbral, que desconcierta todas las rutas ya transitadas:

*Mi brújula enloquece
de dudas y esperanzas.*

Hasta alcanzar el paroxismo del despojo, cuando la negación corrosiva se ensaña en el mismo yo, disuelto y extraviado en el marasmo de una deriva:

*-¡Me estoy ennocheciendo, hermana muerte!
La urdimbre de mi piel se deshilacha.
¿He de flotar desnudo y ciego a la deriva
por tus aguas sin rutas y sin playas?*

Pregunta suprema, cuya respuesta nos llega desde el corazón de la noche como el germinar de una promesa de aurora. ¿El abismo del mar no sostiene en alto, también, la rotundez de otra playa?:

*Un viento de gaviotas presentidas
.....
Un aroma, pionero de montañas*

La Vida canta ahora en los labios de la muerte. Y constata el nacer de uno mismo, de sí mismo, en ese núcleo existencial único capaz de arder con una luz inextinguible:

*-¡Hombre! te estás vistiendo de ti mismo
para que pueda al fin nacer la luz en tus entrañas.*

Todo cambia de signo en esta primera experiencia balbuciente, todavía, pero ya plenificante, de la Patria:

*Temblor de playa poseída
y un huracán de alas.*

La travesía ha terminado:

*-Emigrante,
La vida empieza. Salta!*

Y en este salto decisivo, la aporía de la muerte se desanuda en una irradiación de caminos inesperados:

*-Adiós, hermana muerte.
No eres noche, ni abismo, ni torre carcelaria.
Eres puerta y camino,
puente y frontera, compañera de alba.*

Porque el estrecho atajo de la existencia humana se ha expandido ya a dimensiones universales, entre los dedos de Aquél que habita la luz inaccesible:

*Por atajos profundos de mí mismo
me adentro en este sol interior que se dilata
sobre pinares rubios
de galaxias.*

Parábola de la muerte como travesía, como nacimiento del despojo y la destrucción de lo vivido. ¿No anula el sentido de nuestros pasos previos? ¿No invalida la dicha y el esfuerzo del diario caminar?

El novelista checo, Milan Kundera, ha denunciado con acierto la supresión del camino en nuestra pseudo-cultura del logro obsesivo, fácil e inmediato. "El camino - escribe - es un elogio del espacio. Cada tramo del camino tiene sentido en sí mismo y nos invita a detenernos (...). Antes de que los caminos desaparecieran del paisaje, desaparecieron del alma humana: el hombre perdió el deseo de andar, de caminar con sus propias piernas y disfrutar de ello. Ya ni siquiera veía su vida como un camino, sino como una carre-

tera: como una línea que va de un punto a otro (...). El tiempo de la vida se convirtió para él en un simple obstáculo que hay que superar a velocidades cada vez mayores”⁹. Pues bien, ¿el vértigo de la trascendencia última no acarrea consigo un riesgo análogo de deshumanizar esta ruta de Dios, evaporando en su fuego los pequeños riachuelos del camino? ¿La falacia de un puro espiritualismo no recae en la misma indiferencia niveladora de lo pequeño, de lo singular y episódico? En definitiva, ¿el encuentro del Tú divino no es crepúsculo y aun negación de los encuentros humanos?

De ninguna manera. La trascendencia auténtica hacia lo Último es más bien filón dinámico de nuestra inmanencia en el mundo. Lejos de ignorarla o marginarla, ni siquiera cabe decir que la arrastra consigo. Antes bien la penetra, la eleva e integra en su propio vuelo. Para el hombre que asume su propia movilidad como un caminar existencial y éste como un itinerario hacia Dios, nada hay de la experiencia diaria, concreta, que no sea también camino disfrutado paso a paso. Quizás esta realidad profunda no se hace perceptible reflejamente al caminante mismo, sino en la medida en que va siendo capaz de abarcar la huella total de su andadura en una sola mirada retrospectiva. Pero entonces, caminante y camino, episodios y drama total, actores, cosas y protagonista, y meta se funden para él en una sola identidad existencial en la que se devela el rostro de ese misterio que llamamos Dios. Se ha logrado una cumbre desde la cual se evidencia que crecer como hombres es interiorizar un camino y asumir sus alternancias de luminosa comunicación y de gris aislamiento ¹⁰:

*Traigo un camino enredado
en el alma y en los pies.*

*Cuando el sol brilla, se abre.
A los pájaros y al río,
a la gracia de los niños
y al calor de la mujer.*

*Cuando la niebla lo aísla,
se recoge, se sumerge, se silencia.
Como un pozo, como un pez.*

Es cargar un pasado, siempre abierto a la novedad del futuro; es llevar en sí mismo la impronta de todos y de todo lo que entró en nuestro andar, sin retrasar tampoco el paso, cuando nos sobrecoge la noche de las ausencias:

⁹Milan Kundera. *La inmortalidad*. 5a. Parte: La casualidad. 3. Bogotá (1990), p. 267.

¹⁰*Caminos de sol y niebla*. Camino, p. 87-88.

*Conmigo viene del alba,
y conmigo llegará al atardecer.
¿Si seré yo este camino,
si yo seré este correr?*

*Camino que caminando
se va cuajando en mi ser,
sobre mis hombros dejando
los caminos que hice ayer;
abriendo siempre en mis ojos
otros caminos que hacer.*

*¡Cuántas cosas, cuántos rostros
en mi camino encontré!*

*A todos los llevo dentro,
porque a todos los amé.*

*Cuando se espesa la noche,
y todo es sombra y mudez;
sólo esos pasos me dicen
que jamás me detendré.*

En el ámbito de esta constatación iluminada, nuestro camino en su misma estampa propia, modelada a través del caminar, devela el rostro pluriforme de Aquél que afirmó de sí mismo: "Yo soy el camino, la verdad y la vida".(Juan 14,6). En todos y para todos los hombres:

*¡Camino, camino mío,
tejido de sombra y luz!
Por fin voy viendo tu rostro...
Y advierto que no voy solo,
pues el camino eres Tú.*

2.- De la presencia, presentida en la ausencia, a la plenitud de la palabra en el amor que deviene silencio

Hemos esbozado apenas la secuencia de una transitoriedad humana, que se configura en camino y se descubre finalmente en identidad con el gran Compañero de ruta. Pero la riqueza de esta gran experiencia de Dios abre siempre nuevas perspectivas, se cuaja en otros símbolos. La presencia despunta en la ausencia, la distancia se funde en el encuentro, la palabra deviene silencio. Son simplemente las notas de una misma melodía. Y sin embargo,

también se pueden ordenar en un proceso de búsqueda y encuentro.

Sea, pues, en primer término, una ausencia grávida de presencia. Y el devenir cósmico parece reflejar, paso a paso, este descenso de vértigo, que es también la agonía de un ascenso.

Por eso la tarde repercute ya en el alma como una pregunta ¹¹:

*Estos sauces enjutos,
desesperadamente erguidos
sobre el rojo paisaje
atardecido.*

*¿Un grito de esperanza?
¿Un temblor de vacío...?
cuando las sombras amenazan
el día envejecido.*

Más aún. Nos sobrecoge la noche del despojo total, del extravío sin meta, de la soledad acosadora. Porque el sentido es el amor y éste se resiente como ausente ¹²:

*Noche,
cuando tú llegas
por el poniente
de su presencia;
cuando me cobras
tu peaje de ausencia;
cuando me entregas tu virgen desnudez;
cómo extravías, noche,
mi ruta incierta.
Cómo llenas mis brazos de soledad*

*¿En dónde estás, amor?
¿En dónde, en dónde?*

La vida misma se retrac, se condensa en un grito que más es prenuncio de muerte:

*Clamor sin voz
en la escollera*

¹¹ O.c. Cuando todo es crepúsculo, p. 58

¹² O.c. Desolación, p. 79-80.

*de un corazón sin algas, sin espumas,
sin sonoro arco iris sobre tus olas muertas.*

Y por eso todo naufraga en el absurdo, duele como una pesadilla de paradojas:

*Paisaje sin horizonte. Playa sin mar,
puerto sin velas.
Pupilas dilatadas
por la esperanza. Huecas
de tu cuerpo sin formas,
sin presencia.*

¿En dónde estás amor?

Sólo que en esta aventura del corazón humano tocado de Dios de nuevo la noche de la ausencia es acicate de la búsqueda, vía- crucis laborioso de la presencia:

*Noche para el despojo
de la espera.
Noche para la saciedad
insatisfecha
del encuentro
en la ausencia.*

*Transpirándote voy.
Y a través de tu niebla,
trastabillando busco
mi aurora a tientas.*

Y esa aurora sobreviene de pronto con el estremecimiento de una presencia amanecida, con el ímpetu arrollador de un caudal de gozo transformante ¹³:

*¡Estás aquí de nuevo
y el viento es alegría!*

*Estás aquí, y el río
en la cañada,
ya no es pavor y rabia turbia
que se azota y blasfema entre las piedras bravas;
es un himno de espumas*

¹³ O.c. Canción de la presencia amanecida, p. 82.

*que cabalga
sobre el lomo musgoso
de blancas torrenteras desatadas.*

Una experiencia, ésta, tan honda y desconcertante, que trastoca los parámetros usuales del lenguaje, rompe la estructura misma de la identidad personal. Sobrecogidos en una especie de inmersión total en la Totalidad, somos apenas antena de una resonancia que lo arroja y lo penetra todo:

*Estás aquí y el alma es desvarío.
Las palabras se enredan
en la azul cabellera
de esta nueva presencia tuya desbordante.*

*Estás dentro, estás fuera,
como la luz y el aire.
Es un mar-horizonte que se pega
a la piel,
a las venas,
a los huesos vibrantes.*

Cuando el rayo del sol irrumpe por entre nubarrones invernales, explota la variedad del paisaje de montaña. Así también aquí, al toque luminoso de esta experiencia, la palabra desbocada corre de cosa en cosa, de símbolo en símbolo. Apenas logra integrarlas, saltando atropelladamente de una a otra, las imágenes que surgen y desaparecen en la conciencia con la luminosidad fugaz de los relámpagos. Sólo una dimensión permanece y asegura la continuidad existencial del acontecimiento, esa experiencia transformada del tiempo humano:

*Estás aquí y el tiempo es melodía
arco-iris, canción, vuelo nupcial de aves;
juego verde de mar en la escollera;
requiebro de chicharras en la hierba;
retozo de aguas claras entre cañaverales.*

¿Qué ha sucedido entonces? ¿Cuál es el fondo germinal de este gozo? Es el amor amanecido en la conciencia, que devela el sentido de las cosas, que funde en una identidad superior dos lejanías insuperables, que ilumina la presencia y preña de silencio la palabra:

*¡Me amas y te amo!
Todo es camino, mar, cielo, llanura.
Estás aquí, por fin amanecida,
mi larga lejanía inalcanzable.*

*Estás en mí, maravillosamente florecida,
como el sol en el agua,
como en la noche el día,
como el silencio púrpura en la tarde.*

Hemos tocado, por fin, la mana fresca y bullente de esta experiencia agónica de Dios, que se ha ido haciendo palabra en el poema. Es el estado existencial de estar enamorado. Sin límites, sin condiciones ni reservas. Y a fin de cuentas, focalizado en un Tú, que todo lo abarca y todo lo desborda

No se piense, sin embargo, que esta experiencia omniabarcante de estar enamorado de Dios es un rival celoso y excluyente de las demás experiencias del amor humano. Por el contrario, sólo se actualiza y se expresa en ellas. Como el ímpetu musical del artista que moviliza y articula los sonidos, mas sólo en ellos alcanza su propia perceptibilidad. Por eso, ausencia y presencia de las cosas y sobre todo de lo humano son la forma vivencial de esta ausencia y presencia de lo divino. Hay un amor universal que sólo se transparenta en el amor de lo singular y concreto. Y así va dejando sus huellas en otros tantos poemas.

Amor de comunión con las cosas, que puede vivenciarse como interiorización de una rosa ¹⁴:

*Roja,
sobre mi mesa.
Tímidamente erguida sobre el talle
de quinceañera.*

Desleída en el aire, en luz y aroma.

.....
Toda fuera de sí.
.....

*Muriendo por instantes en sí misma,
naciendo para siempre en mi conciencia.*

Pero, sobre todo, amor de comunión con el hombre. Y casi instintivamente con el pequeño, con el pobre, con el que poco cuenta en las ferias del poder y del tener. Amor de compasión al niño ciego, "ventana cerrada siempre, a la vera del camino"¹⁵; amor de respeto y gratitud

¹⁴ O.c. Rosa, p. 23.

¹⁵ O.c. Romance del niño ciego, p. 32-33.

al barrendero de nuestra calle, “hermano de las hojas heridas - y los pies andariegos”¹⁶; amor capaz de sintonizar con el ritmo interior de la lavandera, “empapada de río, de sol y cansancio”, que golpea la piedra “restregando pequeñas historias, enjuagando el pasado”¹⁷; amor dolido con el “dolor arrodillado, de basura, en un via-crucis de miseria” de esas niñas que oscurecen nuestras mañanas abrevando desechos “en la boca fétida de las canecas”¹⁸; amor avergonzado al pequeño gamín “prisionero - de sus mendrugos y sus harapos y su nostalgia”¹⁹. Y por todo ello, amor de solidaridad social con la patria desgarrada. Sin pretensiones, ni proféticas ni populistas, se atreve a recordar a todos, al guerrillero y al soldado, al político, al burócrata y al empresario, frente a la tentación rediviva de violencia²⁰:

*Te traigo, hermano
una palabra buena.
La que siempre se olvida,
la que dan por supuesta:*

*Sólo el amor construye.
Los violentos cosechan su violencia.*

.....
*Está escrita en el seno jugoso de las madres,
y en los ojos serenos de la fiel compañera;
en la frescura de la lluvia mansa,
y en el aliento cálido de los soles que hornean,
el pan
de las cosechas;
en las vueltas pacientes
del camino de piedra,
que supera las lomas
sin romperlas:*

*Sólo el amor construye.
Los violentos cosechan su violencia.*

¹⁶ O. c. Calle arriba, p. 36.

¹⁷ O. c. Bajo el puente, p. 34.

¹⁸ O. c. Canción para despertar, p. 25-27

¹⁹ O. c. Balada del niño y la lluvia, p.38-39.

²⁰ O. c. Palabra buena, p. 45-46.

Amor en la singularidad de cada cosa, de cada suceso, de cada encuentro humano. Pero amor universal, por cuanto es la irradiación expansiva de un fuego interior, que define los caminos y suscita una historia personal ²¹:

*Mi amor.
El de las blancas nubes peregrinas,
y el reposo enlunado de los árboles.*

*El de mis sueños y mi búsqueda,
el de mis tedios abismales.*

*El de los verdes tallos del poema
y los rojos caprichos delirantes.*

*Mi amor universal.
El que se rompe en ancha mar abierta
con que roces su herida burbujeante.*

Y amor universal, tampoco por abstracción o como la simple suma de los amores particulares. Porque en último término, ese amor “mar abierta” es la concentración de la totalidad existencial en un Tú único y desbordante, experimentado en el gozo primaveral de la espera y del encuentro ²²:

*Te esperaré en el huerto,
junto a la tarde.
.....
Te esperaré en los pájaros,
te esperaré en el aire.
En el perfume breve de la luz modelada
por los ramajes.*

*¡Oh presencia, presencia
inmediata y distante
como la tarde!*

Amor humilde, sabio de la distancia creatural que lo separa y vincula al Amado. Y por lo mismo respetuoso de sus responsabilidades de dimensión cósmica ²³:

²¹ O. c. Mi amor, p. 65.

²² O..c. Canción de primavera, p. 76.

²³ O. c. . Contigo, p. 74.

.....
estarme junto a Ti.

*Consumiendo en silencio.
un corazón de fuego.*

*Por mí no te detengas.
Sigue pastoreando,
por cañadas de sombra,
tus rebaños
de estrellas.*

Amor amenazado siempre por la incoherencia de nuestra propia entrega, por el enroscamiento egoísta en nuestro propio yo, por ese ímpetu caudaloso e indómito de nuestras pulsiones más elementales²⁴:

*Este río de fuego
que me arrastra
¿fuera, dentro de mí?
todo lo abrasa.*

Cuando el olaje emocional es:

*Agua verde, sedienta, roja, turbia,
entre dedos crispados de raíces en llamas.*

Y la fidelidad convulsionada, en este turbión que todo lo oscurece, es ya tan sólo:

*Soledad temblorosa.
Y en el aire sangriento,
una azul puñalada de nostalgia.*

Amor, a fin de cuentas, agónico y doloroso. Destilado a través de una "herida burbujeante". El amor de Dios en el hombre no es mimo para niños, sino maduración adulta para el don de uno mismo, aun a costa de uno mismo. Amor inmerso en el drama de ser hombre y, por ello, en identidad de dolor y gozo²⁵:

*Este gozo de amarte
es una espina*

²⁴ O. c. Un río, p. 77-78.

²⁵ O. c. Este dolor de amarte, p. 84.

*que me hincaste
en pleno corazón. Larga como la noche.
Como la mar azul, amarga y fascinante.
Como el sol del desierto abrasadora.
Terca como la gota goteante.*

*Y la espina se ha abierto en una rosa
de sangre.
Tibia y desnuda como el alba.
Roja y universal como la tarde.*

*¡Oh gozoso dolor insoportable
de este amor florecido en una espina
de sangre!*

Hemos recorrido esta ruta de Dios en el corazón del hombre sostenidos por la palabra. Pero cuando ésta, articulada en el poema, ya dio todo de sí, deviene silencio. Un silencio que tampoco es mera ausencia de la palabra, sino elevación de ésta a posibilidades más hondas de comunicación, a través de una porción de muerte de sí misma. ¿No decía Agustín que el amor verdadero “efectúa en nosotros una cierta muerte”?²⁶.

Todo empieza por un hacerse silencio en el entorno exterior de las cosas. Nos libera del afán pragmatista y apunta ya hacia una esfera de trascendencia ulterior, donde naufraga el lenguaje conceptual y articulado²⁷:

*¡Este silencio verde del platanal
cómo sosiega
la mordedura del instante!*

*Silencio de las cosas más simples:
la hojarasca, mis manos, esta piedra.
Sin desnudarse,
transparentan
un profundo más allá de sí mismas,
indecible,
en donde son más plenas.*

Silencio luminoso, que integra en esta intensa experiencia de vida la dimensión de muerte,

²⁶ "Facit in nobis quandam mortem" - San Agustín. *In Ps. 21-12* - CCSL 1812.

²⁷ *Caminos de sol y niebla*. - Canción del Silencio, p. 55.

respetándola, pero a la vez, trascendiéndola en su propia claridad:

*Silencio de unas briznas de sol
sobre las hojas secas.
Iluminan la muerte
sin romperla.*

Pero silencio exterior que es sólo camino y umbral hacia un silencio existencial más profundo o, si se prefiere, resaca de muerte de otra palabra interior que se abre y se deja asumir en el silencio vital de un encuentro:

*Silencio.. Umbral
de mis palabras muertas.
Silencio coloquial de dos silencios
en la mirada en que por fin se encuentran.*

Descendidos y ascendidos a esta profundidad, que es más bien altura de identificación mutua total en el amor; la palabra poética ya sólo resta como el susurro que canta todavía su propia renuncia a sí misma, para que fluya sólo el amor, que de por sí es palabra total sobre sí mismo²⁸:

*¿Qué nos importa, amor, que no tengamos
ya nada que decirnos?
Basta saber que nos amamos.*

*Nuestro amor es un frágil surtidor.
No quiero destrozar su transparencia azul
por atraparla.
Paralizado y roto entre mis labios,
sería sólo un cadáver de palabras.*

*Basta pues el silencio,
la mirada,
y este nudo vital
de nuestras aguas
entrelazadas.*

Tampoco como estado definitivo. La ruta de Dios se entreteje con la aventura humana de la historia. La rueda de nuestro amor creatural sigue girando con sus alternancias y traslapes de sol y niebla, de paz y conflicto, de dolor y gozo. Sólo así avanza hacia la ruptura final

²⁸ O. c. Y al fin, el silencio, p. 75.

que esperamos en esa plenitud que Pablo describió, balbuciendo apenas, como un vivir para Dios. Y la palabra poética, una y otra vez, deberá retornar su camino de logros y extravíos para cantar el acontecer de Dios en el corazón y en la vida de un hombre. Porque, en definitiva y por paradójico que parezca, ser hombre es un llamado, nunca retirado, y una posibilidad siempre otorgada, para ser "amor como Dios mismo". Aun en la fragilidad, y tantas veces en la incoherencia de un corazón peregrino.²⁹ :

*Ser así...como la lluvia
que riega mansa el plantío.
Como la sombra del árbol
que te refresca el camino.*

*Fiel estrella en alta noche
y amanecer presentido.
Rescoldo que nunca apagan
ni las cenizas, ni el frío.*

*Como la tarde, maduro
para el adiós y el olvido;
con las nubes, con el viento,
peregrino.*

¡Ser hombre!

*Tiempo impetuoso
de llanto y gozo crecido.
Y mar abierto en el cuenco
de un corazón.*

¡Ser amor!

*Como Dios mismo.
Y por eso...ser silencio,
palabra, puente, sentido.
¡Unir la tierra y el cielo
con un beso,
con un grito!*

Al término de este esfuerzo de auto-comprensión, me doy cuenta de que todo lo hecho no es más que una reflexión sobre el vivir del hombre en el tiempo (Camino) y sobre el vivir del hombre como encuentro (Presencia / Ausencia). Mi poesía fue no más un propósito de ...

²⁹ O. c. Ser así, p. 49.